

UVE

EL MUNDO
MARTES 26
JULIO 2016

ÓPERA Arranca el Festival de Bayreuth, en Alemania, sin Angela Merkel y con un caos de insidias, traiciones y medias verdades

LITERATURA Paco Ignacio Taibo presenta 'Que sean fuego las estrellas. Barcelona (1917-1923)', un ensayo sobre el anarcosindicalismo



UN VERANO EXTRA



TODO BEETHOVEN EN 72 HORAS

MÚSICA El Castillo de Manzanares el Real se convierte en un 'ring' durante el fin de semana donde dos púgiles se batan a cuatro manos contra las nueve sinfonías del genio alemán.

P. UNAMUNO

Laura Sierra y Manuel Tévar, desde la planta alta del Castillo de Manzanares el Real, el sábado.

P. UNAMUNO

Bajo el escudo de Mendoza y Vega, en el patio porticado del Castillo de Manzanares el Real, un piano de cola Shigeru Kawai aguarda sin saberlo la paliza de su vida. Quienes sí son conscientes del lío en que se han metido por culpa del director del festival Clásicos en Verano de la Comunidad de Madrid, Pepe Mompeán, son los artistas que reposan en una sala cercana. Son Laura Sierra y Manuel Tévar, son el dúo Iberian & Klavier, que se ha hecho un hueco en la escena musical con una especialidad que algún desafortunado supone aún *viejuna* o propia de niños, el piano a cuatro manos.

Manuel y Laura saben ya lo que es enfrentarse a las nueve sinfonías de Beethoven. Las han interpretado varias veces, pero en dosis menores. El viernes, sábado y domingo tocaba atracán y por eso llevaban semanas preparando mente y cuerpo para un desgaste fuera de lo común. Tres días de maratón al atardecer, tres sinfonías por día, seis horas largas –sobre todo para ellos– de música.

La parte física del reto no es precisamente menor. Al segundo día de un palizón semejante comienzan a surgir los dolores musculares por todo el cuerpo y cuesta estirar el cuello. Al tercero, parece que a uno lo hubiera atropellado un camión. El cuerpo es crucial también durante la ejecución de la obra: el estorbo entre los dos intérpretes es constante como lo son los cruces de manos, se deben atacar y acabar las frases al mismo tiempo porque, de lo contrario, el efecto es nefasto...

En esto una buena penetración resulta clave, y Laura y Manuel cuentan con la ventaja de que son una pareja –no sólo al teclado– muy bien avenida. Por si las manos no tuvieran suficiente trabajo, hay que arreglárselas para avanzar en la partitura porque aquí no cabe un *pasapáginas* a no ser que se descuelgue del techo como Tom Cruise en *Misión imposible*.

Pues bien, se enciende un foco sobre el piano de cola y empieza la fiesta.

Viernes 22 de julio. Sinfonías 1, 2 y 3 Manuel, de negro, se sienta ante las teclas graves y se hace cargo del pedal; Laura, de rojo, toca las teclas agudas. Acometen la *Primera* derrochando la complicidad de siempre y el entusiasmo necesario para emular el ímpetu orquestal de Beethoven. Ella percute con más fuerza de la acostumbrada, tanto por hacerse escuchar en un escenario al aire libre como para compensar la natural prevalencia del *secondo* en esta modalidad de piano. El artesonado de madera del techo juega a favor de la acústica, en la que empieza a interferir un pájaro carpín-

tero juguetón. Hoy todo parece fácil.

Laura Sierra solventa con nota el exigente final del primer movimiento de la *Segunda* sinfonía, ambos pianistas se muestran delicados en el lento segundo, apasionados cuando la pieza lo requiere. Después de alguna vacilación inicial en el cuarto, la obra se aproxima al

a volar «por encima incluso de su propia cabeza».

En la *Tercera*, el dúo hace honor al nombre de la sinfonía con un esfuerzo heroico para sobreponerse al guirigay –ahora sí de los pájaros y dar con el punto de cada movimiento: recio el primero, sombrío el segundo, agitado el tercero, sutil y poderoso el último. Al terminar, Lau-

ra nos dice: «Hoy estamos bien todavía. Mañana ya veremos».

Sábado 23 de julio. Sinfonías 4, 5 y 6 Después de pasear un rato, hacer estiramientos –se han presentado ya los primeros dolores musculares– y ensayar tres horas ya antes de comer, comparecen los artistas para el segundo *round*. Laura viste de un azul a

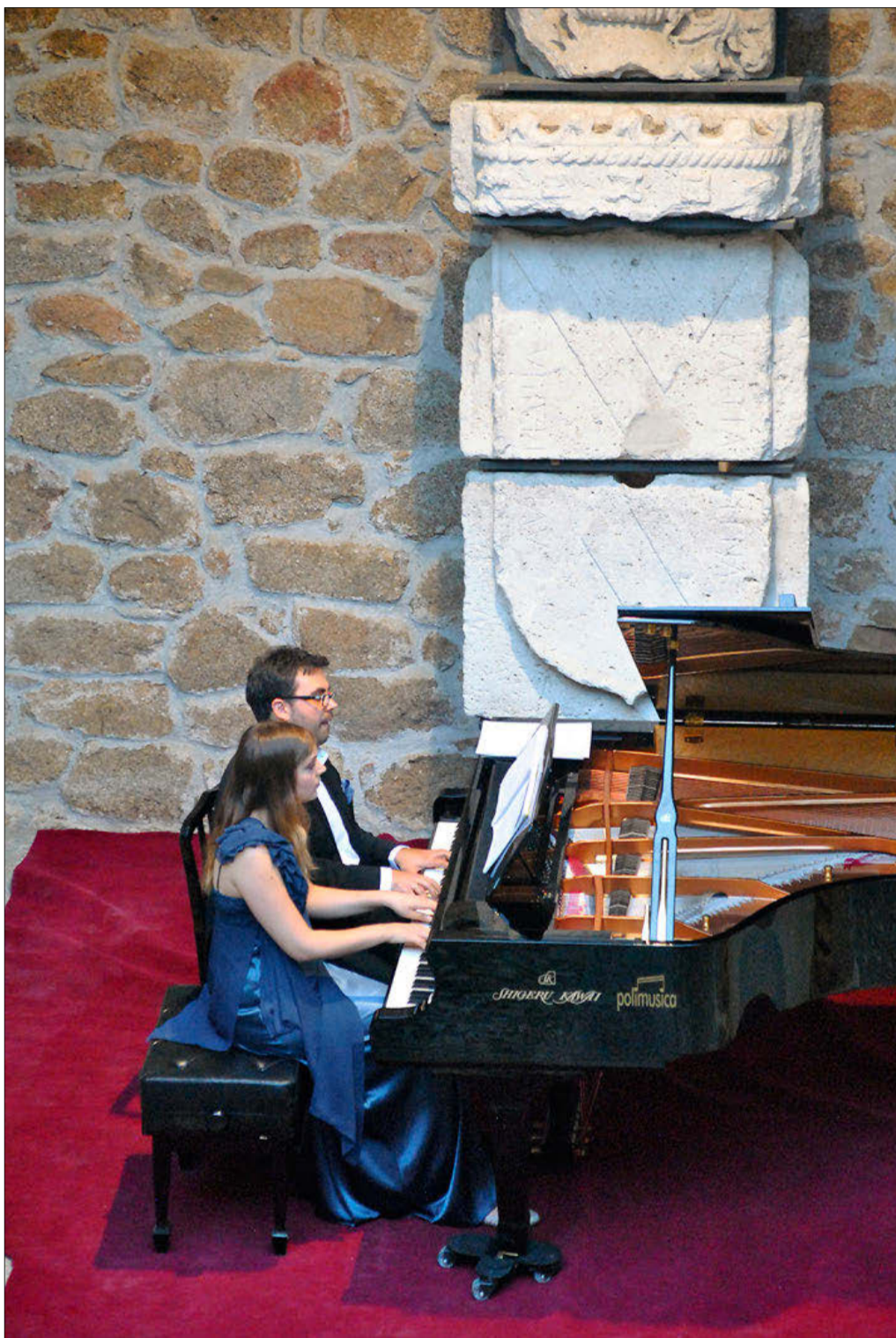
tán disfrutando de lo lindo a pesar del desgaste físico, y eso se transmite al público, que ya sí abarrota el patio del castillo de los Mendoza. Los pájaros han buscado hoy nuevos derroteros. Manuel confiesa que, al concluir cada sinfonía, sienten alivio por un lado y, por otro, «la batería cada vez más baja». Un espectador despistado comenta *sottovoce*: «Han tocado la *Quinta* y luego otra cosa diferente».

Repuesto en el descanso de la tunda anterior, Manuel Tévar aparece con camisa limpia –blanca ahora– para rematar la faena del día con la *Pastoral*. Los dos están al límite de sus fuerzas, pero el cansancio se alía extrañamente con la música para incurrir en lo que aquel profesor de ambos les enseñaba que no se debe hacer: «Hay que ser musical y expresivo, no dejarse llevar la emoción». Pero eso es justamente lo que ocurre al término de la pieza: los ojos de Laura se empañan tras sonar los últimos compases del *allegretto*, ese final tan poco *beethoveniano*, la gente no sabe si aplaudir o llorar.

Domingo 24 de julio. Sinfonías 7, 8 y 9 Esta mañana, Manuel ya no habla de calambres ni de agotamiento, sino del mágico momento vivido la tarde anterior, ese éxtasis que se presenta rara vez y nunca cuando se lo espera. La racha continúa en el último *asalto* del *combate* de Iberian & Klavier contra el compositor de Bonn. Espléndida versión de la *Séptima* por parte del dúo, que ha vuelto al *stendhaliano* rojo y negro del primer día. Recorren los artistas la octava, a la que Beethoven se refería como su «pequeña sinfonía en fa», con el ánimo divertido, «desabotonado» del que decía disfrutar el autor en ese momento de su vida. Y con el alivio, en el caso de ellos, de estar llegando al final.

Pero antes de eso quedan nada menos que los 70 minutos de la *Novena*. Aquí al menos están arropados por el conjunto vocal que exige la famosa *Oda a la alegría*. Para su reto de Manzanares, Manuel Tévar y Laura Sierra han recurrido al tenor Houari López, el barítono Miguel Alonso, la *mezzosoprano* Graciela Moncloa, que colabora con ellos por primera vez, y la soprano Galyna Gurina, cuyo chorro de voz amenaza por momentos con eclipsar el sonido del piano. Pero ya poco importa.

Hoy el patio de los Mendoza no ha dado abasto y muchos interesados en asistir al concierto se han quedado con las ganas. Con ojeras y el cuerpo maltrecho, Laura y Manuel ya sólo alcanzan a escuchar el aplauso largo y embriagador del público que ha conseguido entrada. La suya sí que es una oda a la alegría triple: la del éxito cosechado, la del reto cumplido y la del cuerpo que descansa.



Laura Sierra y Manuel Tévar, a cuatro manos sobre el piano, interpretando a Beethoven. P. UNAMUNO

clímax mientras Laura sonríe. Cuando Laura sonríe es que todo va bien.

Manuel Tévar toma la palabra tras el descanso para explicar al público, que todavía no es numeroso, la revolución musical puesta en marcha por Beethoven 50 años antes de tenerse la certeza de que ése era el camino indicado. En este *tour* intensivo de tres días, continúa, «ustedes pueden asistir además a la evolución de su estilo», presenciar cómo el genio comienza

Al final del segundo día, los ojos de Laura Sierra se empañan

Con ojeras y el cuerpo maltrecho, sólo alcanzan a oír el largo aplauso

juego con el pañuelo que luce Manuel en el bolsillo de la americana. Hoy el programa se inicia con la *Cuarta* sinfonía, la más tranquila del ciclo y quizá la menos inspiradora, que el dúo ejecuta con solvencia.

La *Quinta* la bordan, desde el doble *ta-ta-taa* celebrísimo hasta el triunfante final. Laura hace un alarde de musicalidad y buen gusto mientras Manuel se reserva el trabajo menos lucido pero igualmente importante. Superado el cansancio inicial, es-